

La sonrisa de Hans ·capítulo 9·

A medida que los hombres se acercaban la luz comenzó a disminuir en torno a Hans. Formaron un círculo a su alrededor y una enorme mano, abierta como una garra, cogió a Hans por el brazo dolorido haciéndole sentir un escalofrío. En ese instante Hans recordó.

- Cafira- dijo mientras su mano izquierda apretaba con fuerza el corazón del mar que colgaba de su cuello.

Del pecho de Hans comenzó a brotar una luz azul que fue creciendo en intensidad ante la sorpresa de los cinco hombres. El círculo que se cernía sobre Hans se rompió y los esbirros se convirtieron en cinco estatuas azules de ojos saltones. En su cara se veía la sorpresa, el gesto de lo inesperado.

Hans suspiró y mentalmente, sin dejar de acariciar el colgante, le dio las gracias a Cafira y volvió a pensar en aquellos ojos profundos y bellos como el mar. Se puso en pie y tras pasar de lado entre dos de las estatuas fue hacia el salón de la casa.

Al entrar, como la primera vez, siguió con la mirada el rayo de luz que iluminaba el cuadro. Se acercó un poco más y no sin cierta inquietud se enfrentó al retrato y miró de nuevo la figura de Joseph Blumenkhol. Los mismos ojos penetrantes, la misma sonrisa burlona y, sin embargo, desprendía algo diferente, como una cálida sensación. Estudió minuciosamente cada detalle, Cafira le había dicho que volviese a mirar aquel cuadro, y fue descendiendo con su mirada a lo largo de la figura de su tío, vestido con un traje rojo, hasta llegar a un detalle que más que detalle era un acontecimiento inconcebible que hizo que el corazón de Hans saltase de su pecho. El pie izquierdo del retrato de Joseph Blumenkhol estaba apoyado en el marco de madera que sostenía la pintura sobresaliendo del propio retrato.

- Hola, sobrino. Da gusto verte sano y salvo.

La boca de Hans se abrió, se abrieron aún más sus ojos y cuando iba a decir algo, dijo su tío:

- Sí, soy yo. Anda, sube al cuadro que en este salón hay muy poca luz.

Hans puso su pie en el marco y subió a él como al peldaño de una escalera. Entró en una habitación en la que la temperatura era agradable, sonaba suavemente la música y la luz procedía de una puerta velada por una cortina blanca. Fueron hacia ella, tío y sobrino, y al cruzarla salieron a un jardín en el que, sin duda, un sol veraniego alentaba toda la belleza del lugar.

- ¿Un helado?- preguntó Joseph Blumenkhol y Hans vio cómo en la mano antes vacía de su tío aparecía un helado de limón y chocolate, su preferido.

Hans, que todavía no había salido del asombro de los últimos acontecimientos, lo cogió sin preguntar y tras probarlo supo que aquel era el mejor helado que jamás había probado.

- Qué bueno está. Tío... los hombres que me han perseguido...
- Les he visto, les he visto. Tenían un aspecto terrible, sobrino.
- ¿Quiénes eran?
- Pues no lo sé y lo cierto es que no me importa. Lo que sí sé es lo que buscaban. Y lo que buscan les importa a ellos y a mí y espero que también a ti.
- Y qué es, tío.
- Llámalo X, llámalo El Fabricante de Sueños: Esto.

Joseph Blumenkhol extendió la palma de la mano derecha frente a los ojos de su sobrino. Encima de ella oscilaba una pequeña esfera luminosa, un punto de luz suspendido en el espacio.

- He conseguido, sobrino, catalizar los deseos del ser humano. He licuado sus anhelos y fruto de ello y de la ciencia es esta perla del porvenir. Los hombres que te han perseguido la quieren pero ya es demasiado tarde para ellos. Sé lo que piensan, sé lo que hacen y yo puedo hacer lo que quiera y cuando quiera. El Fabricante de Sueños será utilizado para el bien o no será.
- ¿Convierte los deseos en realidad?
- Eso es. La simplicidad más brillante que se pueda imaginar.